XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

El Señor nos pide generosidad en la lucha contra todo egoísmo, y así podremos amar cada día más a Dios y los demás.

"«Juan le dijo: «Maestro, hemos visto a uno expulsando demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros». Jesús contestó: «No se lo prohibáis, pues no hay nadie que haga un milagro en mi nombre y pueda a continuación hablar mal de mí: el que no está contra nosotros, está con nosotros. Y cualquiera que os dé de beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo que no perderá su recompensa. Y al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino, de las que mueve un asno, y sea arrojado al mar.

Y si tu mano derecha te escanda liza, córtala: más te vale entrar manco en la Vida que con las dos manos ir al infierno, al fuego inextinguible. Y si tu pie te escandaliza, córtatelo: más te vale entrar cojo en la Vida que con dos pies ser arrojado a la gehena del fuego inextinguible. Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo: más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que con los dos ojos ser arrojado al fuego del infierno, donde su gusano no muere y el fuego no se apaga» (Marcos 9, 38-43,45. 47-48).

El **Evangelio** nos habla de ser generosos con todos, dejar que hagan las cosas mientras hagan el bien, y así cuando le dicen a Jesús que otros hacen lo mismo, él les viene a decir que hay que vivir sin celos, ante los que hacen el bien: "**El que no está contra nosotros está a favor nuestro". "Y, además, el que os dé a beber un vaso de agua, porque seguís al Mesías, os aseguro que no se quedará sin recompensa**".

En la Iglesia pueden aparecer grupos y divisiones, incluso iglesias o comunidades separadas, pero esto fue hace tiempo y por motivos confusos. «Además, los que nacen hoy en las comunidades surgidas de tales rupturas y son instruidos en la fe de Cristo, no pueden ser acusados del pecado de la separación y la Iglesia católica los abraza con respeto y amor fraternos... Justificados por la fe en el bautismo, se han incorporado a Cristo; por tanto, con todo derecho se honran con el nombre de cristianos y son reconocidos con razón por los hijos de la Iglesia católica como hermanos en el Señor» (Código de Derecho Canónico, 818).

Jesús nos pide también que no escandalicemos a nadie (no hagamos pecar) y menos "**a uno de estos pequeñuelos que creen**", porque es algo tan gordo que "**más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar**", es decir, procurar de verdad no

hacer daño a los pequeños en su fe. Luego habla de cortar la mano y quitar el ojo, que hay que leer en relación con el conjunto del Evangelio de amar el cuerpo y la vida como regalo de Dios; es una expresión que quiere decir quitar lo que hace daño. No quiere decir hacernos daño, claro, es que si una piedra me hace tropezar hay que quitar la piedra, como decía san Josemaría: "aparta Señor de mí lo que me aparte de ti". Y advertía: «Chapoteas en las tentaciones, te pones en peligro, juegas con la vista y con la imaginación, charlas de... estupideces. -Y luego te asustas de que te asalten dudas, escrúpulos, confusiones, tristeza y desaliento. / Has de concederme que eres poco consecuente» (*Surco* 132).

Por ejemplo, no parece que va bien tener la tele en la habitación, ni conexión a internet, pues es fuente de pérdidas de tiempo y de adicciones inútiles o maliciosas... también lo aconsejan los médicos, que la cama sea para dormir y así se descansa mejor. Así, ante los reclamos de una sociedad que busca el placer desligado del bien, podemos acudir a la protección de la Santísima Virgen para que su ayuda nos proteja y nos guarde.

2. Cuenta el libro de los Números: "**el Señor bajó en la nube, habló con Moisés y, tomando algo del espíritu que poseía, se lo pasó a los setenta ancianos. Al posarse sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar en seguida**". Unos no estaban en la reunión y también profetizaban, y Josué se chivó a Moisés, celoso, pero él respondió: «**¿Estás celoso de mí? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor!**» Jesús nos dice lo mismo, pues Moisés es imagen de él, que vendrá luego.

¿Tenemos celotipias de los demás? ¿Queremos tener la exclusiva del poder, o estamos dispuestos a compartir con alegría? El Señor nos pide ser generosos, para que seamos hijos de nuestro Padre celestial. **Señor, te pido la gracia de querer a todos como Tú les quieres, como hijos tuyos y hermanos míos. Por eso haces salir el sol sobre todos, buenos y malos, y envías tu lluvia sobre justos y pecadores. Ayúdame a hablar con todos, saludar a todos, rezar por todos y no ser enemigo de nadie. Procuraré querer a todos, y dejar mis cosas a quien las necesite. Aprender a dar** como cuentan de un niño de esos que aún no saben hablar, estaba en brazos de su madre y con muchos caramelos. "Me acerqué a él y le pedí: -¿Me das un caramelo? Cogió uno y me lo dio. Su madre me insinuaba que siguiera pidiéndole más. -Tú tienes muchos caramelos, yo sólo tengo uno, ¿me das otro? Miró a su madre, no sé si queriendo complacerla o más bien solicitando ayuda para el nuevo esfuerzo, y volvió a triunfar la generosidad del pequeñín: Me dio el segundo caramelo, y aún más… Al final, la madre colmó de besos y abrazos al pequeño contagiándole de su alegría".

Es bonito compartir, aprender a dar, como aprenden los niños. Dicen que un pequeño en la escuela miraba su bocadillo de merienda y al ver que

a otro se le había olvidado traer piensa: "si le invito, ¿qué quedará para mí?"; pero pensó que esto le hacía más egoísta, y pensó enseguida: "si me lo como, ¿qué le podré dar a él?" Y le invitó, sintiendo que esto le hacía hijo de Dios, hermano de los demás. Así, todos estamos contentos al experimentar que compartir es querer, ser solidario, sintiendo que mis cosas están al servicio de los demás, y que las penas y alegrías de los demás son también mías.

En el Salmo cantamos: "**Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón... La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma**". Es una fuente interior esta ley que Dios ha escondido dentro de nosotros: "**Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones**", le dijo el Señor al profeta Jeremías. La ley de Dios, en el corazón. Nosotros, hombres modernos, ¿no tendríamos que redescubrir lo que es una "ley"? "**Los mandatos del Señor son rectos, alegran el corazón... son más preciosos que el oro, más dulces que la miel**". Cuando dos equipos de fútbol se encuentran en un estadio, millones de hombres están atentos a las "reglas del juego". Se insiste en el *fairplay,* la corrección... Se dice que el equipo que respeta las leyes del juego es más "deportivo", en el mejor sentido de la palabra. Este ejemplo muestra que la ley es necesaria para el buen funcionamiento de un grupo cualquiera. Sin ley, se imponen la guerra, la irregularidad, la fuerza, la anarquía. La misma felicidad de vivir está en juego. ¿Puede una familia vivir sin un mínimo de leyes reconocidas y respetadas libremente por todos? La ley de Dios, es aún más profunda: regula desde el interior el correcto funcionamiento de nuestro ser. "**La ley del Señor es perfecta... guardarla es para el hombre una ganancia...**" (Noel Quesson).

3. Santiago dice a los egoístas que lo van a pasar mal, que todo eso no les servirá para ser felices: "**Ahora, vosotros, los ricos, llorad y lamentaos por las desgracias que os han tocado. Vuestra riqueza está corrompida y vuestros vestidos están apolillados. Vuestro oro y vuestra plata están herrumbrados, y esa herrumbre será un testimonio contra vosotros y devorará vuestra carne como el fuego. ¡Habéis amontonado riqueza, precisamente ahora, en el tiempo final!**". Recuerda la historia del Rey y el mendigo de Tagore: "Iba yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes. Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé guardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo. La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra, diciéndome: ¿Puedes darme alguna cosa? ¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di. Pero qué

sorpresa la mía cuando, al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dárteme todo!”

Nuestro Padre-Dios es el Gran Rey que nos quiere dar todo, pero necesita que le demos nuestras cosas, para que Él las transforme en divinas. Podemos pensar en la generosidad de Jesús: Señor, imagino cómo trabajas con perfección. Ya desde niño aprenderías en hacer los deberes bien, te imagino cuando obedecías a tus padres a la primera, y que dejarías participar en tus juegos a los otros niños. Y así irías creciendo en el amor, y vivirías la generosidad con el tiempo, para dedicarlo a Dios y a los demás. Y cuidarías cada día la oración con el Padre… Te pido, Señor, que me ayudes a ser como tú, a aprender como el pobre tenía que haber aprendido: a darte mis esfuerzos a lo que Dios me pide, mi trigo, y se convertirá en oro. Propósito: Por amor a Jesús, seré más generoso con la persona que más lo necesite.

Llucià Pou Sabaté